A las tres y quince minutos de la madrugada nos desayunábamos "a la norteamericana", en el Lido, en donde encontramos más tarjetas de nobles y simpáticos amigos. Allí se nos reunieron nuestros compañeros de viaje, Monseñor Hermoza y el Padre Vargas, el último de los cuales fué objeto, por parte de un comensal que estuviera en Roma, de intensas miradas. "¡Es igualito a Monseñor Pacelli, el actual Papa!", nos dijo de improviso aquel caballero de gafas azules.

Llegamos al aeropuerto, listo ya el avión. Pero nos dominaba un sentimiento de pena. Cuán corta nuestra visita a Nicaragua, la feliz patria de Darío. De Darío, "el grande de la patria chica por él enaltecida", como lo dijo en su oración fénebre de 6 de febrero de 1941, el insigne Monseñor Lezcano y Ortega.

Miraflores (Lima), 1944.

Estudio crítico sobre la partida de defunción de Juan Santamaría

Por el Prof. Don Rafael Obregón Loría

Redactó Calvo el Libro de Defunciones de la Campaña Nacional que se conserva en el Archivo Eclesiástico, y que es un documento de importancia que ha prestado útiles servicios a los historiadores. Tiene dos partes: en la primera están consignadas las defunciones de la Campaña de 1856, y en la segunda las de 1857.

Este famoso Libro, acerca del cual han publicado sendos estudios Mons. Sanabria y don Eladio Prado, dió origen hace algunos años a una, hasta cierto punto polémica, acerca de la gloriosa acción que se atribuye al soldado alajuelense Juan Santamaría, por cuanto en su folio 34 y bajo la partida Nº 334, dice el Libro redactado por el P. Calvo: "En la Campaña y de camino de Nicaragua a Costa Rica, de la epidemia del cólera, murió el soldado Juan Santa María, soltero, de Alajuela; se le dió sepultura y para que conste lo firmo.—(f.) Francisco Calvo. Hay una rúbrica. Al margen Juan Santa Mª, soltero, Alajuela."

Para el que estudie ese importante Libro de Defunciones, cuya copia fiel dió a conocer Mons. Sanabria en 1932, en folleto que corre adjunto a su estudio, no le será extraño notar hasta una diferencia en la forma de redacción de esta partida, como queriendo hacer resaltar que éste era el famoso Juan Santamaría, mencionado como muerto en el incendio del Mesón; y para que quede bien claro que no murió en Rivas, el P. Calvo agrega que se le dió sepultura y que para que conste lo firma.

En el folio 58 del Libro del P. Calvo, el Secretario de la Comandancia General de Costa Rica certifica que las partidas insertas en él están conformes con los libros de esa oficina.

Se ha discutido acerca de la época en que fué redactado ese Libro por el P. Calvo. El señor Prado es de la opinión de que el P. Calvo lo redactó posteriormente a 1857, mientras que Mons. Sanabria dice: "....No podemos dudar de que el Libro primero, que contiene las defunciones de la primera campaña, fué redactado en ese mismo año, pues hay algunas certificaciones que obran en expedientes matrimoniales de fines de 1856."

Estas dos opiniones que, a primera vista, parecen divergir, no vienen en el fondo más que a complementarse, pues el P. Calvo debió ir redactando su Libro al mismo tiempo de la Campaña: hay que aceptar que ni él ni nadie podría haber escrito después todos esos datos basándose estrictamente en la memoria. Es lógico que al terminar la Campaña había completado su Libro, y de allí pudo sacar luego muchas certificaciones que le fueron pedidas. Posteriormente pasó en limpio ese trabajo, lo que terminó en la primera mitad de 1858, como se desprende del siguiente aviso que publicó en la Gaceta Oficial de 3 de julio de ese año, y que dice así: "El que suscribe, Capellán del Batallón Santa Rosa, del ejército nacional, avisa a las autoridades civiles y eclesiásticas de la República, que tiene arreglados los libros de los que murieron en una y otra campaña, cuyas partidas las certificará, cuando se necesiten."

En el año 1857 la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, madre del soldado Juan, solicitó una pensión por el heroico acto de su hijo, la que le fué concedida al otorgársele la suma de *tres pesos* mensuales. Es muy posible que esta pensión fuese tan escasa, no por poca esplendidez del Estado sino posiblemente por no tener mucho conocimiento, y tal vez poca fe, de ese hecho que se dice realizado por el tambor alajuelense. Si algo hay bien claro es que en estos primeros años que siguieron a la Campaña Nacional nadie hablaba de Juan Santamaría ni de su heroico hecho. Fué con el correr de los años que se hizo pública la historia, y, cosa sorprendente, mientras más tiempo transcurrió, mayores y más minuciosos detalles fué adquiriendo, al contrario de las historias similares cuyos detalles y minuciosidades se consignan y establecen desde el primer momento, y más bien van olvidándose esos detalles en ciertas ocasiones con el correr de los años. ¿Cómo puede ser posible, nos preguntamos, que al autor de una hazaña tan eminente nadie lo tomara en cuenta en el momento mismo de terminar la acción? ¿Cómo para memoria en lo futuro?".

Suponemos que el P. Calvo estaba muy convencido de que Juan Santamaría no había muerto al pie del Mesón, pero seguramente no quiso, por su proverbial generosidad para con los pobres y desamparados, que su declaración fuese a acarrear la pérdida de los tres pesos mensuales otorgados en pensión a la infeliz anciana de Alajuela. Sin embargo, en honor a la verdad, lo hizo constar en forma clara y con notorio énfasis en su Libro de Defunciones.

Es indudable que si Juan Santamaría hubiese muerto el 11 de abril de 1856, el P. Calvo lo hubiese hecho constar así en su Libro, colocándole entre los soldados muertos en esa acción, y no como una de las tantas víctimas de la epidemia del cólera en el camino de regreso.

Se ha dicho que el P. Calvo expresó, contestando una pregunta que se le hiciera sobre este extraño detalle de su Libro, que se trataba de otro Juan Santamaría, porque el del Mesón había quedado muerto allí mismo. Cuesta aceptar esta explicación, porque no es posible ni lógico que el P. puede explicarse que ninguno de los Jefes Militares citara en la orden del día al Erizo por tan glorioso hecho? El General costarricense que se dice pidió un soldado para que fuese a quemar el Mesón, y a quien se le ofreció el humilde Santamaría, recomendándole antes a su madre, ¿por qué no dijo nada después del combate, ya fuera por agradecimiento a quien había sacrificado su vida o admiración por tan glorioso acto, o por lo menos para cumplir lo que le había ofrecido de pedir protección para su madre? ¿Por qué todos esos soldados, nuestros abuelos, permanecieron mudos con respecto a la acción de Santamaría por espacio de varios años, y fué necesario que un extranjero, en 1864, citara por primera vez esa acción en un discurso patriótico pronunciado un 15 de setiembre? ¿Por qué los testigos de ese heroico acto permanecieron indiferentemente callados en los primeros años que siguieron, cuando debieron haberla cantado en himnos de gloria, con entusiasmo, desde el primer momento, como el más glorioso hecho de la guerra que presenciaron, puesto que tal hazaña era digna, como diría el escritor manco "de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas". Calvo, sobre todo habiéndosele llamado la atención sobre este punto, no hubiese hecho constar en su Libro, en forma clara, que hubo dos soldados del mismo nombre y apellido, solteros ambos, los dos de Alajuela, muertos en la misma Campaña y por los mismos días, para evitar confunciones futuras, máxime cuando a uno de ellos se le atribuía la realización de acción tan meritoria. Constatado está que no hubo más que un solo Juan Santamaría, cuya partida de bautismo se conoce, cuya familia también se conoce, de quien dieron referencia muchas personas que lo conocieron joven en Alajuela; aquél de quien decía don Víctor Guardia, el viejo General: "Lo conocí como a mis manos, y cien veces me bañé con él y otros granujas en los ríos que corren en las cercanías de aquella ciudad". En cambio, nunca ha aparecido el menor detalle, ni siquiera la sospecha de la existencia de ese otro soldado del mismo nombre

Y suponiendo que si a un error lamentable del P. Calvo se debiera que el soldado Santamaría no hubiese sido incluído entre los muertos de la Batalla de Rivas, al llamársele la atención sobre este punto, el P. Calvo hubiese enmendado su error completando trabajo tan valioso y del que posiblemente se ufanó en muchas ocasiones, agregándolo en la lista de los muertos, como lo hizo con el soldado Manuel Padilla que olvidó mencionar en el momento oportuno, olvido que luego enmendó agregándolo al finalizar el Primer Libro, folio 59 vuelto, partida 661, diciendo de él que murió en Rivas, el 11 de abril de 1856, "en la acción de ese día". Hay que aceptar que el P.

Calvo estaría muy interesado en completar su trabajo lo más posible, y que habiéndosele olvidado este soldado no tuvo reparo en agregarlo al final, como era justo, aunque fuese después de haber enumerado todos los muertos del cólera, y muy lejos de los que habían muerto en Rivas, en ese famoso combate, cuyas partidas van desde la número 22 a la número 157. Y si eso hizo el P. Calvo con un soldado anónimo, en tratándose de Juan Santamaría hubiera enmendado inmediatamente su error como lo hizo con algunos otros en su Libro.

En la ciudad de Rivas existe la tradición, y la cuentan sus habitantes con marcado entusiasmo y hasta si se quiere con orgullo, que en uno de los ataques que los filibusteros hicieron a esa ciudad, antes de que Costa Rica tomase parte en la expulsión de éstos del territorio nicaragüense, y ante la resistencia heroica que presentaron los habitantes de Rivas, la columna filibustera retrocedió, albergándose muchos de los invasores en una vieja casa de la ciudad, entonces el soldado Emmanuel Mongalo, el maestro de escuela que se había alistado entre los defensores, en un gesto de notable heroísmo, se adelantó a prenderle fuego al Mesón, lo que efectivamente consiguió, pero a costa de su vida, pues allí mismo quedó tendido por las descargas de fusilería de sus adversarios. Este suceso tuvo lugar poco tiempo antes de llegar los costarricenses a aquellos sitios.

Personas que han tenido ocasión de conocer la ciudad de Rivas, ese importante teatro de los sucesos de 1856, han encontrado que todos los vecinos hablaban de la hazaña de Mongalo, y solamente una minoría tenía conocimiento del acto heroico realizado por nuestro soldado Juan, y eso, porque posiblemente habían leído lo que sobre éste se ha publicado. La tradición que existe viva y permanente en aquella histórica y agradable ciudad, es la de que el soldado Mongalo prendió fuego a un Mesón donde se encontraban los filibusteros y que murió realizando ese glorioso acto, ocurrido antes de que los nuestros pusieran sus plantas en aquel lugar.

Lejos de nosotros el negar que el 11 de abril de 1856 los costarricenses incendiaron el famoso Mesón de Guerra en que se habían metido los filibusteros, hecho del que nos hablan los historiadores y detalle que consignan los asistentes al combate. Pero lo que más sorprende al visitante que llega a Rivas es ver el célebre Mesón, el mismo de 1856, ocupando casi toda una manzana, íntegro, cuyas gruesas paredes hacen pensar cuando se las ve que ese edificio difícilmente lo destruiría un incendio. Hay que aceptar, pues, que lo único que se quemó fué el techo, suponiendo que éste era de alguna materia fácil de ser consumida por el fuego, y tal vez alguna puerta o ventana de madera si hubiese llegado el fuego hasta allí, lo cual sería poco probable por impedirlo hasta cierto punto las gruesas paredes que no se prestaban para la propagación del incendio. No hubo por lo tanto destrucción del edificio, y esto lo decimos porque en la solicitud de pensión que hizo la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría y refiriéndose a la acción de su hijo, dice que éste "coronó felizmente la obra junto con el sacrificio de su vida, quedando sepultado bajo las ruinas del indicado Mesón como es público y notorio."

El incendio de ese Mesón fué, pues, parcial, quemándose solamente el techo, o alguna parte, lo que causó en los momentos del combate, por el calor y el humo asfixiante que produjo, el horror de los invasores que pronto lo desalojaron para ir a ocupar la Iglesia a pocas varas de distancia, estratégicamente mejor situada, por encontrarse con todo el frente despejado. ¿No se exagera, pues, cuando refiriéndose al incendio del Mesón se habla de destrucción y ruinas, y de que el héroe quedó sepultado entre los escombros, cubierto por pedazos de adobe, cuando el cuerpo principal del edificio se mantuvo incólume?

Juan Santamaría aplicó la tea incendiaria al techo del Mesón de Guerra, si eso es cierto, pero no murió al lograr su intento, sino que fué, camino de regreso a Costa Rica, y víctima de la epidemia del cólera, cuando rindió la postrer jornada, siendo enterrado en el trayecto, como lo afirma el Libro de Defunciones del P. Calvo.

Con los años, al querer revivir el recuerdo de la hazaña de Santamaría, es indudable que se le ha confundido, en muchísimos detalles, con la hazaña del soldado Mongalo. Se comprende que a oídos de los soldados costarricenses que fueron a Rivas llegó esa historia del soldado nicaragüense, acontecida poco antes, y, al correr del tiempo, la relacionron y hasta la fundieron en sus recuerdos con la acción de Santamaría. La diferencia entre las hazañas, muy semejantes, del soldado nicaragüense y del costarricense, es la de que el primero murió realizándola, mientras que el segundo logró vivir, siendo luego una de las víctimas del cólera.

Comprendemos que para muchos, sobre todo para los alajuelenses, incurrimos en herejía al hacer las anteriores afirmaciones, poniendo en duda el sublime sacrificio de la vida del soldado Juan en la ciudad de Rivas; pero lo hemos hecho porque queremos ser sinceros con nosotros mismos, y esa es nuestra convicción. Por Alajuela tenemos el más acendrado cariño; en su suelo vió por primera vez la luz el autor de nuestros días, y es motivo suficiente para que nos consideremos ligados por lazos de afecto irrompibles a esa querida ciudad; en Alajuela vivieron y murieron nuestros antepasados, e injustos seríamos y desagradecidos si nos atreviésemos a decir cosas que fueran en su mengua; no, nosotros amamos profundamente a Alajuela y sólo deseamos su engrandecimiento y su gloria.

Con respecto a Juan Santamaría no podemos menos de sentir cariño tanto por la fama de su gloria, como porque vivió algún tiempo en casa de nuestra bisabuela materna, según nos cuenta don Carlos Jinesta en su precioso elogio y estudio acerca de la personalidad del héroe: "De dieciséis a dieciocho años fué sirviente en la casa de doña Inés Ugalde de Iglesias, esposa de don Joaquín Iglesias, persona principal."

Hechas estas declaraciones,—y Dios nos vea con sus ojos benignos!—, continuemos ahora con nuestro estudio acerca del P. Calvo.

Tomado de "GANGANELLI", Organizador de la Masonería en Costa Rica. Por Rafael Obregón Loría.

Setiembre de 1941 (Páginas 35 a 45.)